

Homenaje a René Avilés Fabila

BERNARDO RUIZ

En pocos meses René Avilés Fabila (RAF) y yo cumpliremos 25 años de amistad. Una amistad que puede calificarse de adolescentes, en la medida que, a la manera de los personajes de Rabelais, está coronada por un intenso gusto pantagruélico por la vida, donde la constante ha sido el humor, la irreverencia y la literatura.

Conocí la literatura de RAF antes que al autor. En 1971, recién ingresado a la facultad de Filosofía y Letras, encontré un cubículo abierto en el área de profesores que más bien parecía almacén de libros. Entre los ejemplares de los estantes, destacaba la flamante 2a. edición de *Los juegos*, que se rumoraba era un libro heterodoxo y perverso, ya que atacaba al corazón de La Mafia. De René sabía, únicamente, que había escrito *El gran solitario de Palacio*, y que le hacía la competencia a José Agustín o era de su frecuencia. Nada más.

No me pareció un crimen aquella mañana tomar un ejemplar y cargar con él y leerlo con impunidad esa misma tarde en la biblioteca en vez de entrar a clase de fonética, y jamás devolverlo.

Diez años después, la primera vez que nos encontramos René y yo en la oficina de Premià editora, mi carta de presentación con Avilés Fabila fue el relato de aquel robo y mi lectura de su libro, lo que dio pauta a un

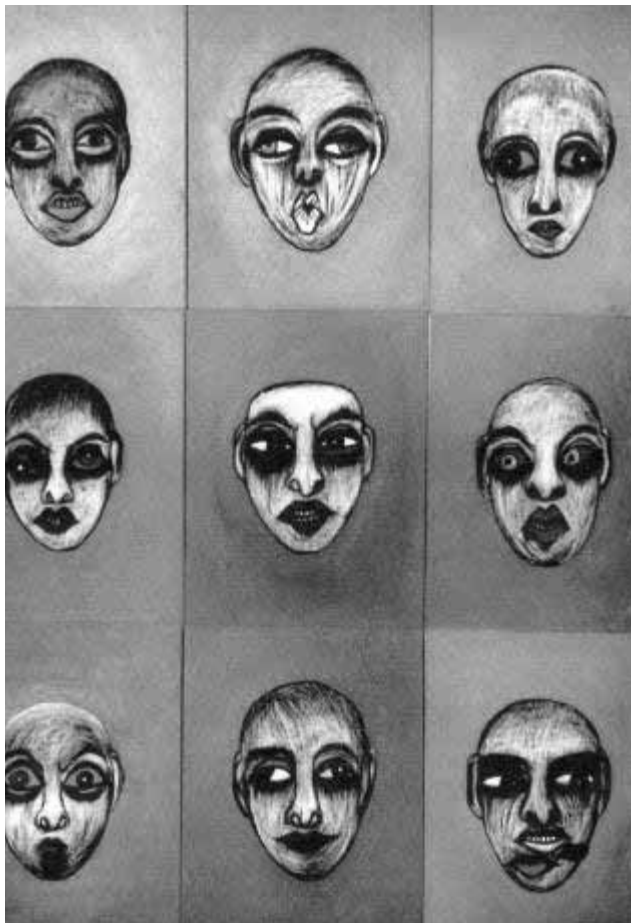
diálogo que ha continuado desde entonces, hablando unas veces de libros, otras de autores, otras de nuestra pasión por algunas frivolidades mundanas que van desde la belleza de la Cardinale hasta las insospechadas virtudes de algunos brebajes para atenuar la resaca; nuestra común admiración por Bonifaz y Chumacero; la exégesis y escarnio de obras como las de Prepucio el viejo y el joven; nuestra mutua envidia por Álvaro Mutis



Cuauhtémoc Rodríguez

como eterno invitado a la circuncisión de OP; la aterradora geografía del alucinante mundo de la sobriedad; y las visiones escalofriantes que provocó en Lovecraft, así como los distintos lugares donde venden las mejores corbatas –que tanto distinguen a RAF de muchos otros autores charrapastrosos– o simplemente dónde tomar el par de frías más heladas.

Algunos colegas, sabemos, se aterran con nuestra banalidad, lo cual no obsta para que René y yo hayamos intercambiado amistades y libros, y jamás hayamos tenido una discusión si no es estrictamente sobre la calidad de tal o cual texto. Y como fue mi jefe en la UAM Xochimilco y, adicionalmente, in illo tempore yo era su chofer, me sigo dirigiendo a él como mon chef, porque en ese sentido nuestras debilidades clasemedieras no nos quitan lo cosmopolitas.



Rubén Maya

Lo cual cabe fundamentar, porque este chauffer et son chef sea en el bar del Waldorf Astoria de Manhattan, en el Ojo de Pulpo de Campeche, en el Jockey Club que no pisó Gutiérrez Nájera, en el Mar de Aguascalientes o en la biblioteca de Yale University, no han dejado de compartir, respetuosamente, cuatro grandes e inabarcables amores: la vida, la literatura, la sabiduría de Gay Lussac y la pasión por el desmadre.

No podemos negar que hay otro RAF: el infatigable, el escritor, el de los proyectos creativos, el de la amplia visión de la cultura mexicana y universal, el profundamente respetuoso de la tradición, el perfectamente iconoclasta, el René crítico, el René tierno, el Águila Negra, el del sincero amor filial, el orgulloso y el implacable. Hay un Avilés público y uno privado. Hay un René Avilés Fabila político; otro, amante de la sobremesa, uno más ave de tempestades y, adicionalmente, otro de lealtades. No es casual por ello que RAF sea un gran catalizador de la crítica y que –a su alrededor– se polaricen juicios y actitudes.

He atestiguado el interés de los lectores y críticos de otros países por el trabajo de RAF. He leído y releído el trabajo que hoy aplaudimos como *Obra completa*, que es una perífrasis de lo que Joyce llamaba *Work in progress*; y confieso que me siento orgulloso de ser testigo de los volúmenes que perfilan la parte creativa de una obra cuya mera presencia confirma un hecho: RAF ha sido un autor del siglo XX y sigue siendo leído y releído en el XXI. Su literatura propone varios tonos: el realista, el fantástico, el autobiográfico. Cuento, crónica, novela, memoria, testimonio demuestran una consciencia libre y alerta, abierta y progresiva, capaz de analizar con lucidez cada momento que transforma a nuestra sociedad.

La primera regla que debe cuidar un autor es no aburrir. La segunda mostrar. En estas *Obras completas* de René, ambos postulados se cumplen. Y permiten su discusión. Agradan o agreden. Amigos y enemigos están mostrados en cada una de sus páginas. Lección bien aprendida de los griegos y latinos. A su vez, hay un regis-

tro de la cultura de nuestro tiempo y una creatividad que se demuestra vertiginosa en cada página. Las Obras completas de RAF son para leerse, para comentarse. Ése es su mérito. Ningún autor desprecia tan notorio galardón.

Sin embargo, hay hechos que quedan fuera aún de esta tomografía de amplio espectro: la constante labor de Avilés Fabila por buscar nuevos autores, por abrir espacios a jóvenes creadores, su amplia labor editorial, su infatigable promoción cultural, su amplio trabajo como universitario, su eterna inconformidad ante los acontecimientos de un país que le duele y respecto a un mundo que lo perturba. Ese análisis corresponde a sus discípulos. Lo esperamos.

Por mi parte, yo deseo agradecer a René los años de aventura; no tanto, esta vez, ese continuado juego de trasgresiones cómplices (como ese libro de Salado Álvarez

–René– acerca de Santa Ana que nos volamos en aquella biblioteca de provincia, mientras los demás se acababan el coctel alrededor de Margo Glantz; volumen que acabamos publicando después en hermosa edición facsimilar); René, sino agradezco las aventuras del Búho, tus continuados esfuerzos por seguir publicando poetas, pintores, músicos, críticos, dibujantes; las discusiones sobre Borges y Revueltas, Los oficios perdidos, Los animales prodigiosos, los cuentos de Lejos del Edén la Tierra, el guiño cómplice de las Recordanzas y el amor por Tantadel; la apasionada crítica; así como el placer de la amistad y, por supuesto, esa conversación sobre todo y sobre nada que empezó hace varios lustros y que hace siempre falta continuar, mon chef.

Gracias, mil felicidades.

